

# Migración y desarrollo, la nueva agenda del Consenso de Washington

## Introducción

Los organismos internacionales comandados por el Banco Mundial (BM) y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) han venido difundiendo un programa político internacional sobre migración y el desarrollo. La base de esta posición es que las remesas enviadas por los migrantes pueden promover el desarrollo local, regional y nacional en los países de origen. Por extensión, las remesas son consideradas como una indispensable fuente de divisas para proporcionar la estabilidad macroeconómica y aliviar los estragos sociales causados por las políticas neoliberales, como la pobreza. Dicha postura está apoyada en la evidencia de la creciente importancia de las remesas como una fuente de divisas y de ingresos para la subsistencia de muchos hogares en los países subdesarrollados. El Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) ha estimado que 500 millones de personas (8 por ciento de la población mundial) reciben remesas (PNUD, 2006). Según cifras del BM, las remesas enviadas por migrantes de los países subdesarrollados aumentaron de 85 millones de dólares en 2000 a 199 millones de dólares en 2006. Si los flujos no registrados a través de canales informales fueran considerados, esta cifra podría incrementar un 50 por ciento o más el monto de los flujos registrados (BM, 2006). Teniendo en cuenta los flujos no registrados, el importe total de las remesas superaron la inversión extranjera directa y más que duplicaron la llamada ayuda oficial recibida por los países subdesarrollados. En muchos casos, las remesas se han convertido en la mayor y menos volátil fuente de ingresos de divisas para estos países.

Aunque el BM ha moderado su discurso optimista sobre el tema (Lapper, 2006), es importante considerar que el impacto de las políticas neoliberales

de ajuste estructural, impuestas por el BM y el Fondo Monetario Internacional (FMI), han gravitado como un elemento clave para explicar el aumento en la migración Sur-Norte y la consecuente afluencia de remesas. Más aún, los programas de ajuste estructural, lejos de contribuir al desarrollo de los países de emigración, han profundizado sus dinámicas de subdesarrollo. Por lo mismo, en lugar de atacar las causas de fondo del problema, la pretensión de emplear a las remesas como fuente de financiamiento para el desarrollo y convertir al migrante como agente principal del desarrollo sólo intenta conferirle un “rostro humano” a la política neoliberal.

Para México, al igual que para otros países que exportan grandes cantidades de migrantes, la gran paradoja de la política internacional de migración y desarrollo es que no prevé cambios sustanciales en los principios que sustentan la globalización neoliberal o en la forma específica en que las políticas neoliberales se aplican en los países de origen (Delgado Wise y Márquez, 2007; Castles y Delgado, 2007). En la mayoría de ellos se instrumentan estrategias superficiales relacionadas con el fenómeno de migratorio, como la reducción de los costos de transferencia de remesas o la canalización de remesas en microproyectos con impactos muy limitado en términos de desarrollo. En términos generales, todavía está ausente el diseño de modelos de desarrollo alternativo y nuevas formas de integración económica regional que permitan reducir las asimetrías socioeconómicas que existen entre los países emisores y receptores y contengan o al menos reduzcan la creciente dinámica migratoria.

El enfoque teórico utilizado en este documento hace hincapié en la economía política del desarrollo y centra su atención en el papel de la fuerza de trabajo migrante, al tiempo en que analiza las remesas básicamente como un componente del salario devengado por la sobrepoblación que se ve obligada a entrar en los mercados de trabajo transfronterizos en condiciones de precarización laboral y exclusión social, y cuyo uso principal es la subsistencia de los dependientes económicos radicados en los lugares de origen. Esta perspectiva pretende reconstruir críticamente la relación entre desarrollo y migración desde una visión de conjunto.

Este documento se divide en tres apartados: el primero ofrece un breve panorama de las actuales perspectivas teóricas para el análisis del nexo entre migración y desarrollo. El segundo introduce nuestra perspectiva basada en la economía política del desarrollo. Por último, como conclusión general, se pone de relieve algunas de las ideas básicas que subyacen en esta concepción alternativa de la relación entre la problemática del desarrollo y la migración.

## La migración internacional bajo la mirada convencional

En el último tramo del siglo pasado y en lo que va del presente, la relación entre migración y desarrollo se ha ubicado como un tema central en el debate académico y político en el ámbito internacional. Los organismos internacionales han estado muy interesados en difundir una agenda política en la materia, como el Banco Mundial (BM), el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), la Organización Internacional para las Migraciones (OIM), la Organización para las Naciones Unidas (ONU), entre otras. Estas instancias han generado una gran actividad plasmada en diversos foros y publicaciones. Un ejemplo es el informe de la Comisión Global sobre la Migración Internacional (GCIM, por sus siglas en inglés) de 2005, el Diálogo de Alto Nivel sobre Migración y Desarrollo de la ONU de septiembre de 2006 y la primera reunión del Foro Global sobre Migración y Desarrollo celebrado en Bruselas en julio de 2007, entre muchos otros. Adicionalmente, los gobiernos de los países desarrollados, los cuerpos supranacionales y las agencias internacionales con frecuencia organizan reuniones sobre el control y administración de la migración; mientras que los gobiernos de los países exportadores de migrantes juegan un papel marginal, en tanto que las asociaciones de migrantes, por lo general, no juegan un papel muy limitado.

La agenda política confeccionada por los organismos internacionales en materia de migración y desarrollo descansa en la visión e intereses de los países centrales, a la sazón importadores de inmigrantes. En principio, tiene el interés de garantizar el control de los flujos migratorios. A partir de una visión geoestratégica, y de la articulación de sus bloques económicos regionales, que funcionan como espacios de gestión de los principales sistemas migratorios, plantean el principio de la gobernabilidad de los flujos migratorios, pero como una exigencia de sus agendas de seguridad y de sus necesidades de provisión de fuerza de trabajo barata. En tal sentido, el Estado juega un papel muy importante en la regulación migratoria mediante la expedición de leyes, programas y políticas, que incluyen disposiciones lesivas como la militarización de fronteras, criminalización de migrantes, exclusión de ciudadanía y en general la procreación de un clima social xenófobo. Desde esta óptica, se regatea la contribución de los migrantes a la dinámica socioeconómica del país receptor y se propala la idea de que representan una carga para el erario y la sociedad en general.

El segundo principio rector de la agenda internacional postula la idea de que las remesas son un instrumento del desarrollo para los países de

origen. En ausencia de una política verdadera de desarrollo preferente de los países subdesarrollados, a la sazón los mayores emisores de emigrantes, se postula la idea de que los propios migrantes disponen de recursos propios, las remesas, aptos para detonar el desarrollo de sus lugares de origen. Esto en consonancia con el ideario neoliberal de la nueva política social que arguye que los pobres deben generar su propio desarrollo. Para ello se propone la disminución de los costos de transferencia de las remesas, que ya de por sí generan enormes ganancias para las empresas llamadas remesadoras, como WesterUnion, Moneygram, Citigrup y BBVA, a fin de incrementar su caudal, que es percibido como un “río de oro”, pero sin proponer mejores condiciones laborales y de vida de los migrantes y sus familias.

Por añadidura, se plantea la política de retorno como otra vertiente para supuestamente impulsar el desarrollo en los lugares de origen, bajo el supuesto de que los migrantes adquieren destrezas y capacidades en su trayectoria laboral en los países de destino, las cuales pueden aplicar a su retorno en sus lugares de origen. Existen varios tipos de retorno: *a)* retorno voluntario por jubilación, al final de la trayectoria laboral individual; *b)* retorno por cesantía, que puede ser provocado por la crisis económica, el despido y las dificultades de reinserción laboral; *c)* el retorno institucionalizado por los programas de trabajadores temporales, y *d)* el peor tipo lo constituye el retorno forzoso, ya sea por deportación o crisis económica. Por tanto, en presencia de un incontenible flujo migratorio, los países emisores podrían mejorar sus sistemas educativos y de formación técnica para que los migrantes laborales encuentren mejores opciones ocupacionales. A su vez, la posibilidad del retorno de los migrantes, supone la posibilidad de ocupar mano de obra calificada en sus lugares de origen.

La mayor parte de los estudios que abordan la relación entre migración y desarrollo giran en torno al primer factor, como si la migración fuese una variable independiente y las posibilidades o no de desarrollo estuviesen supeditadas a los recursos e iniciativas de los migrantes. No obstante, dada la complejidad analítica que reviste esa relación, se advierte la necesidad de emprender estudios que se salgan de los linderos de ese esquema analítico, que tiene como punto de partida el fenómeno migratorio, para colocarse justamente del otro lado de la ecuación, es decir, de los macroprocesos de desarrollo. Esta nueva perspectiva analítica considera a la migración como un aspecto de la problemática del desarrollo y visualiza al desarrollo como un campo analítico cuyas dinámicas estructurales y prácticas estratégicas tienen como escenario los planos global, regional, nacional y local. Asimismo, ante el predominio de la visión teórica y política de los países desarrollados receptores

de inmigrantes, es necesario trastocar esa hegemonía e incorporar la visión de los países subdesarrollados exportadores de migrantes. Y ante el predominio de perspectivas de corte nacionalista o localista, conviene impulsar el análisis comparativo de corte internacional que rescate las experiencias en materia tanto de desarrollo y migración, como de la relación entre ambos.

Desde nuestra óptica, es preciso situar el problema de la migración internacional en el ámbito de los estudios del desarrollo y, en consecuencia, asumir como premisa explicativa la problemática del desarrollo sobre la dinámica migratoria. Para ello es necesario también generar objetos teóricos desde una perspectiva interdisciplinaria, es decir, conceptos y proposiciones sobre el contexto, agentes y procesos esenciales que operan en un ámbito multiespacial. Adicionalmente, es preciso problematizar y contextualizar la noción de desarrollo, para rebasar los marcos normativos que se constriñen a enunciar en términos abstractos el mejoramiento de las condiciones socioeconómicas de la población, sin contemplar la necesidad de generar cambios estructurales e institucionales. Más aún, el problema del desarrollo en condiciones de alta migración agrega otros desafíos, tales como las asimetrías entre países, la reconfiguración de las cadenas productivas y la concomitante reestructuración, así como, precarización de los mercados laborales, las desigualdades sociales en el horizonte transterritorial y, más específicamente, el deterioro de las bases materiales y subjetivas de arraigo de la población en los países de origen, aunado a la problemática de integración a las sociedades receptoras y el mantenimiento de vínculos transnacionales.

A nivel teórico y conceptual, el desafío inicial para la investigación de la relación entre migración y desarrollo deviene del hecho de que no se ha teorizado con propiedad el problema y que previamente no se ha realizado una operación que permita la adecuada incorporación del tema migratorio en los estudios del desarrollo. Sin desconocer los aportes de la amplia constelación de estudios, autores y temas de debate, consideramos que para construir una visión integral de la relación entre desarrollo y migración, es necesario incorporar, en un marco analítico más comprehensivo, una perspectiva del contexto de integración socioeconómica regional y de la problemática del desarrollo en el país emisor de migrantes para poder establecer a nivel teórico y práctico la específica conexión entre migración y desarrollo.

Esta reconstrucción crítica del campo de estudios de migración y desarrollo significa, también, sobreponerse a la visión parcial de los países desarrollados importadores de migrantes basada en principios como la gestión de la migración, la agenda de seguridad, el codesarrollo y la criminalización de los inmigrantes. Por tanto, es imprescindible incorporar la visión de los países

subdesarrollados exportadores de migrantes, a partir de una comprensión del contexto de desarrollo del capitalismo contemporáneo y el tipo de relaciones asimétricas entre países expulsores y receptores de migrantes. Cabe señalar que el esfuerzo de teorizar desde la perspectiva de los países subdesarrollados, que implica una visión comprehensiva del fenómeno, no es una tarea nueva. Desde la década de los cincuenta y hasta los setenta, las teorías del estructuralismo de la CEPAL y las teorías de la dependencia —estas últimas generadas, aunque con algunas variantes, bajo el paradigma de la economía política marxista— aportaron un sólido basamento para avanzar en esta dirección (Marini, 1973; Dos Santos, 1974; Furtado, 1969; Cardoso y Faletto, 1969; Frank, 1974; Bambirra, 1978). Se trata de concepciones que trascienden al nacionalismo metodológico con mucha antelación a la emergencia del enfoque transnacionalista que reivindica como su acto fundacional esa premisa. En términos generales, no deja de ser sintomático el grado de desconocimiento u omisión que teóricos y analistas de los países desarrollados hacen de las aportaciones de los teóricos latinoamericanos y del resto del mundo subdesarrollado.

Partiendo de estas grandes premisas, el presente trabajo se divide en dos grandes apartados y unas conclusiones generales. En el primero se delinea nuestra perspectiva teórica de cómo abordar el vínculo entre desarrollo y migración bajo un esquema analítico comprensivo desde la visión de los países exportadores de fuerza de trabajo. En el segundo apartado se muestra la capacidad interpretativa del enfoque propuesto tomando como referente el caso de la migración México-Estados Unidos en el contexto actual de integración asimétrica de América del Norte.

### **Breve panorama teórico de la relación entre desarrollo y migración**

A pesar del auge experimentado por los estudios en migración y desarrollo, existe una clara disociación entre las teorías del desarrollo y las teorías de la migración. Por lo mismo, dichos estudios poseen una visión muy restringida, pues no logran captar el contexto en el que se inscriben las migraciones ni las conexiones fundamentales con los procesos de desarrollo a nivel global, nacional, regional o local. En ese sentido, es importante acotar que el trabajo teórico-conceptual va a la zaga de la política de migración y desarrollo auspiciado por los organismos internacionales, por lo que el grueso del debate académico se limita a reproducir conceptualmente las proclamas que orientan ese proyecto o, a lo sumo, a establecer una distancia crítica.

En la trayectoria histórica de la teoría y la práctica del desarrollo, después de la Segunda Guerra Mundial se advierte una visión acorde a los intereses de los países hegemónicos, principalmente Estados Unidos. En la década de los cincuenta predomina la perspectiva de la modernización como respaldo al proyecto imperialista en el contexto de la Guerra Fría. No obstante, en América Latina se gesta, desde los años cincuenta, una visión donde la relación asimétrica entre desarrollo y subdesarrollo se coloca en el centro (estructuralismo de la CEPAL y teorías de la dependencia). Sin embargo, con la imposición del neoliberalismo, a fines de los años setenta y principios de los ochenta, la preocupación por el desarrollo pasa a un segundo plano y se obstaculiza políticamente la posibilidad de generar alternativas, al relegar la dinámica socioeconómica a la regulación del mercado. La emergencia del pensamiento único funge como una pesada loza que restringe la reflexión teórica y la práctica política sobre el desarrollo. Este escenario se configura como una verdadera contrarrevolución. No obstante, ante la profundización de las asimetrías entre países desarrollados y subdesarrollados, además del incremento de las desigualdades sociales al interior de los países, junto con la evidencia de conflictos sociales de diverso signo, los promotores de la globalización neoliberal relanzan discursivamente la idea de desarrollo bajo una agenda acotada —al proponer cambios estructurales e institucionales— que pretende, supuestamente, conferirle un “rostro humano” al neoliberalismo. En otro sentido, se registran distintos intentos por repensar el desarrollo desde una visión que busca ser interdisciplinaria, y que en algunos casos reivindica la problemática de los países subdesarrollados, como es el caso de los enfoques de desarrollo basado en la comunidad. Se trata todavía de esfuerzos variopintos e incipientes, con una fuerte carga de eclecticismo (Parpart y Veltmeyer, 2004) y que las más de las veces terminan subsumiéndose al vertedero neoliberal. Por la otra, aunque existe un cierto consenso nominal entre las teorías del desarrollo sobre los objetivos y valores (p.ej., bienestar social, elevación de niveles de vida, participación, etcétera), se profundiza poco acerca de las causas del subdesarrollo, cómo afrontarlas y con qué recursos, quién encabeza y dirige el proceso y cuál es el sentido que se le quiere imprimir al desarrollo en un horizonte tentativo de cambio social. En otras palabras, aún es necesario trabajar con miras a la construcción de una visión integral, en términos estructurales y estratégicos, que contribuya a atacar las causas de fondo de las grandes asimetrías y desigualdades sociales que predominan en el capitalismo contemporáneo.

Los estudios migratorios más influyentes han sido elaborados en centros de investigación de los países desarrollados, no por nada los mayores recep-

tores de inmigrantes del planeta, sin considerar a profundidad la problemática del subdesarrollo de los países exportadores de migrantes que figura entre los detonantes de los caudalosos flujos migratorios. Por tanto, un escollo importante es que no existe todavía un desarrollo teórico-conceptual que recupere el punto de vista de los países subdesarrollados, a la sazón exportadores especializados de fuerza de trabajo barata calificada y no calificada. Por lo general, la problemática migratoria ha sido analizada desde una perspectiva descontextualizada, y proclive a conservar una postura etnocéntrica e individualista, además de que su atención está centrada en aspectos parciales que responden a una óptica propia del nacionalismo metodológico, como el diferencial salarial, el desplazamiento de trabajadores nativos, la situación de ilegalidad y la seguridad fronteriza. Esta visión, aparte de distorsionar la realidad, oscurece las causas de esta problemática y las posibilidades de afrontarla. En esta vertiente se inscribe la economía neoclásica y la visión sociológica de autores que adhieren posturas nativistas y xenóforas. Esta última, por cierto, ha sido la postura más encumbrada en el debate político. Contrariando esa postura, desde ese mismo país se ha difundido con profusión la teoría del transnacionalismo que reposa en la idea de que los inmigrantes despliegan una serie de relaciones sociales, constantes y permanentes, de cooperación y reciprocidad con sus congéneres radicados en sus lugares de origen. Esta teoría brinda un valioso aporte a los estudios migratorios, puesto que posee una visión más comprensiva del fenómeno al describir la multiplicidad de prácticas sociales establecidas por los propios migrantes; empero, al explicar el fenómeno migratorio a partir de la configuración de las redes sociales, pasando por la integración social a la sociedad receptora hasta la tensión de relaciones entre los migrantes y sus lugares de origen, descuida el análisis de la problemática del desarrollo en su contexto y proceso particulares. En otro tipo de trabajos, prolifera el estudio acerca de los nuevos destinos de la inmigración mexicana y las recientes formas de precarización y segmentación laboral, pero en clave descriptiva.

Los estudios sobre migración internacional han sido prolíficos en cuanto al uso de enfoques y teorías provenientes de distintos paradigmas y en aportar abundante evidencia empírica. Como se deduce al contrastar las visiones histórico-estructurales (acumulación primitiva, sobrepoblación, sistema-mundo) con las perspectivas neoclásicas y otros enfoques como *push-pull* (que engloba diversas perspectivas analíticas), la nueva economía, la teoría de los mercados laborales segmentados, *migration hump* (una versión neomalthusiana asociada a las teorías de la modernización) y las diversas visiones socioculturales (redes sociales, causación acumulativa y transnaciona-



lismo). No obstante, también se verifica cómo, en el mayor de los casos, el vigor interpretativo decae cuando se renuncia a la construcción de teorías fuertes, o al utilizar teorías que sólo acometen una parte del fenómeno o que lo consideran aisladamente. Incluso se puede describir un itinerario de las teorías de la migración en atención a distintas fases del fenómeno —origen, desarrollo y consolidación—, pero pocas veces se presentan esfuerzos explicativos que pretendan cubrir el amplio rango de la dinámica migratoria desde una perspectiva multidimensional y multiespacial e inscribirla en el contexto global y de integración regional en el que se inserta. Y aunque existe un creciente intento por integrar los niveles micro, meso y macro, suele campar la perspectiva del norte, es decir, de los países receptores de migrantes, amén de que el énfasis en la temática del desarrollo es todavía marginal.

La mayor parte de los estudios que abordan directamente la relación entre migración y desarrollo giran en torno al primer factor, como si la migración fuese una variable independiente y las posibilidades o no de desarrollo estuviesen supeditadas a los recursos e iniciativas de los migrantes. Más aún, suelen centrarse en el ámbito local, comunitario o regional con un acentuado énfasis en el papel de las remesas y una visión limitada del desarrollo, lo cual desdeña la crucial dimensión macroestructural (Delgado Wise y Márquez, 2006). Con la pretensión de ilustrar de manera esquemática los linderos de esos enfoques analíticos, es posible diferenciar a grandes rasgos dos vertientes aparentemente contrastantes.

La primera se circunscribe dentro de un círculo vicioso. La migración y el desarrollo aparecen como conceptos antitéticos, especialmente cuando se hace referencia a la migración laboral en el horizonte sur-norte. Desde este ángulo, el fenómeno migratorio no tiene posibilidades de inducir dinámicas de desarrollo en los lugares de procedencia, sino que por el contrario provocan efectos adversos, tales como inflación, desarticulación productiva, abandono de actividades económicas y despoblamiento, mismas que a su vez promueven más migración. En estricto sentido, más que de un modelo teórico de migración y desarrollo, se trata de la construcción de diagnósticos que desde distintos miradores describen la tendencia que históricamente ha dominado esta relación en los países y regiones con alta incidencia migratoria. Al respecto, podrían mencionarse autores como Papademetriou (1998) y Delgado Wise (2000), entre muchos otros.

La segunda traza un círculo virtuoso. En el caso de procesos migratorios maduros, con redes sociales y organizaciones de migrantes consolidadas, considera que existe la posibilidad de que la diáspora, en tanto agente, con-

tribuya al desarrollo local y regional, así sea en términos restringidos. Esta perspectiva se sitúa en los pequeños márgenes que para un cierto desarrollo social permite la política neoliberal en el contexto de los países emisores. Este enfoque abarca una amplia gama de autores y perspectivas analíticas, incluso contrastantes, que ponen el acento en las remesas, las organizaciones de migrantes o en ambas. Por su influencia política, en un primer plano se sitúan los organismos internacionales —como el BM (2006) y el BID (2000)— interesados en promover el neoliberalismo “con rostro humano”, en consonancia con los postulados del Posconsenso de Washington. En segundo término se encuentran autores que han desarrollado una perspectiva más próxima a los intereses de la sociedad migrante, en una vertiente que puede ser calificada como “transnacionalismo desde abajo”, la cual destaca el papel de las organizaciones de migrantes como sujetos potenciales de distintas modalidades de desarrollo regional y local (García Zamora, 2005; Delgado Wise, Márquez y Rodríguez, 2004; Guarnizo y Smith, 1998). En esta vertiente se agrega también la teoría del *migration hump* aunque con una óptica neomalthusiana y modernista.

Las dos vertientes analíticas tienen un punto en común: su horizonte analítico se restringe a la relación unidireccional migración-desarrollo, aunque difieren en que una niega las posibilidades de desarrollo, en tanto que la otra las pondera favorablemente. Indiscutiblemente, la segunda vertiente ha ganado más notoriedad, por lo que conviene hacer un recuento de los principales planteamientos académicos que han emanado de ella, a fin de sopesar sus alcances y limitaciones:

1. *Remesas e inversión productiva*. Durante las últimas dos décadas del siglo pasado, el fenómeno de la migración de trabajadores mexicanos a Estados Unidos se expande notablemente, teniendo como telón de fondo las políticas neoliberales y el proyecto de reestructuración productiva que estaba experimentando la economía de Estados Unidos. En lo concerniente a los estudios sobre migración y desarrollo (estudios centrados en el eje analítico remesas-inversión-desarrollo), se pueden establecer dos momentos sucesivos que han marcado lo esencial del debate, un debate que aún no encuentra una solución satisfactoria, ni en términos teóricos ni prácticos. A partir de los años ochenta, Reichert (1981), Stuart y Kearney (1981), Mines (1981) y Wiest (1984) efectúan varios estudios empíricos en la región centro-occidente de México acerca de las remesas de dinero que los migrantes envían a sus lugares de origen. Estos autores argumentan que los efectos de las remesas en las comunidades de origen

tienden a ser perniciosos: diferenciación social, inflación de los precios de la tierra, concentración de los recursos locales en pocas manos. Con posterioridad, los investigadores que les sucedieron habrían de identificar esos resultados como una visión pesimista ante la posibilidad del desarrollo regional impulsado con las remesas. Más adelante, en los años noventa se analiza un círculo virtuoso entre remesas e inversión productiva (Durand, 1994; Jones, 1995; Durand, Massey y Parrado, 1998; Massey y Parrado, 1998), según lo cual las remesas se invierten en la agricultura y en capital humano, al tiempo en que el circulante monetario ejerce un efecto multiplicador benéfico para las economías de las comunidades, municipios y regiones. A sabiendas de que el uso de las remesas se canaliza mayormente a la subsistencia familiar; y en menor medida a la inversión productiva, algunos autores (Durand, 1994; Jones, 1995) sostienen que esas inversiones impactan significativamente en sectores y localidades específicos. Massey y Parrado (1998: 19) arguyen que la migración internacional es “fuente de capital productivo y fuerza dinámica que promueve la actividad empresarial, el establecimiento de negocios y la expansión económica”. Al ahorro generado por los migrantes se sumaría la consideración de las remesas colectivas (Goldring, 1996; Smith, 1998) en tanto recurso para financiar inversiones productivas e infraestructura social, particularmente en aquellas zonas de alta migración donde la inversión pública y privada es raquítica. Esta otra visión ha sido motejada como optimista, en oposición al pesimismo de los años ochenta. Adicionalmente, el discurso institucional también ha sido catalogado como optimista, es el caso de la CEPAL (Torres, 2000), el Banco Mundial (Ratha, 2003) y el gobierno foxista (Lozano, 2005). Si bien existe un consenso respecto a que la mayor parte de las remesas se utiliza como gasto corriente de las familias (alimentación, vestido, vivienda y educación e inclusive salud), no hay consenso respecto de las potencialidades de las remesas como fuente de inversión o capital. Además, se ventilan críticas al estudio de la migración y el desarrollo que tiene por eje las remesas (Binford; 2002; Canales y Montiel, 2004).

2. *Transnacionalismo y desarrollo*. En contraste con el supuesto de que los migrantes al asentarse en la sociedad de destino tienden invariablemente a romper con su lugar de origen, el transnacionalismo subraya el proceso contrario: los inmigrantes, independientemente de su incorporación a la sociedad de destino, son proclives a mantener vigentes sus relaciones con su sociedad de origen. En defensa de ese argumento plausible se postula que: *i*) los migrantes mantienen vínculos con su país de

origen para afrontar las condiciones de desigualdad racial y otras en el país de destino; *ii*) los procesos globales causan la migración y superan al Estado-nación, lo cual genera una sociedad civil global que amenaza el monopolio político del Estado, y *iii*) el transnacionalismo genera un “tercer espacio” para los inmigrantes entre el Estado y las sociedades de origen y destino. Al distinguir entre “transnacionalismo desde arriba” como ámbito de acción de las grandes corporaciones empresariales y financieras y los agentes políticos; “transnacionalismo desde abajo” para referirse al ámbito del común de los migrantes, este enfoque abre la posibilidad de observar, en algún grado, la asociación entre procesos de desarrollo y migración. En el primer caso se trataría de la injerencia de las empresas transnacionales que harían negocio al interior del proceso migratorio, como pueden ser las remesas, la banca y en general empresas proveedoras de mercancías y servicios para los migrantes y sus familias. En el segundo caso se trataría del consumo que en los lugares de origen y destino ejercerían los migrantes y sus familias. Al menos, la asociación entre transnacionalismo y desarrollo se ha explorado en dos vertientes: *i*) la economía de la migración, donde las prácticas transnacionales de los migrantes, como las llamadas telefónicas, el uso de tecnologías de la comunicación, el turismo, el comercio nostálgico y las remesas, desencadenan efectos positivos en las economías locales (Orozco, 2003), pero también abre nichos que a la postre son apropiados por las corporaciones transnacionales (Guarnizo, 2003), y *ii*) la contribución de las organizaciones de migrantes en procesos de desarrollo local y regional, particularmente en la realización de obras sociales de beneficio colectivo en los lugares de origen (Delgado Wise, Márquez y Rodríguez, 2004; Portes, Escobar y Walton, 2006; Faist, 2005).

3. *Codesarrollo*. Algunos países de la Unión Europea (primero Francia y recientemente Italia y España) han diseñado, con diversas variantes y matices, la política de codesarrollo fundada en la idea de la aportación de los migrantes al desarrollo de sus lugares de origen con el soporte de la llamada cooperación para el desarrollo. El codesarrollo propone *i*) fomento de actividades productivas a través de las remesas; *ii*) formación y apoyo a los migrantes para que retornen; *iii*) involucrar a los migrantes en proyectos de cooperación; *iv*) la formación y orientación de emigrantes potenciales en los países de origen; *v*) el fomento y creación de puentes entre como unidades de origen, en el sur, y las que han emigrado al norte; *vi*) la implicación de los gobiernos nacionales, locales, organizaciones de la sociedad civil, empresariales, universidades, centros edu-

cativos y culturales e inmigrantes, y *viii*) la mejora de las condiciones de vida y trabajo de los emigrados. En los hechos, el codesarrollo se ha empleado como una política supraestatal para controlar el flujo inmigratorio, y no tanto promover el desarrollo de los países donde se origina la migración. Los actores del codesarrollo, gobiernos, organizaciones de migrantes y ONG, no comparten necesariamente una misma idea de ese concepto, pues suelen hacer sus propias interpretaciones en función de sus propios intereses. Además, el codesarrollo entraña una paradoja en el terreno de los hechos: mientras que al interior de la Unión Europea, los países de menor desarrollo relativo, como España, fueron apoyados para activar su desarrollo nacional, con lo que pasaron de ser países exportadores de migrantes a importadores de inmigrantes (Agrela y Dietz, 2005), al exterior de la Unión Europea se recurre a la importación de fuerza de trabajo barata, pero se erige una suerte de fortaleza europea (Bendel, 2005) que cierra aparentemente las puertas a los inmigrantes y propone el codesarrollo, no tanto para promover el desarrollo de los países de origen como para encubrir una política de regulación de los flujos migratorios que provienen de los países que no forman parte de la Unión Europea.

4. *Sujetos sociales migrantes y desarrollo local.* Para el caso de México, García Zamora (2003) propone la constitución de una fundación para el desarrollo local y la adopción del sistema de microfinanciamiento; en tanto que Delgado Wise y Rodríguez (2001) plantean que las organizaciones de migrantes pueden promover proyectos de desarrollo regional con el acompañamiento de políticas públicas, mientras que Moctezuma (2005) plantea ciertas potencialidades asociadas a distintos tipos de migrante —colectivo, empresario, ahorrador y retirado— en materia de inversión social y productiva. Desde nuestra perspectiva, la activación de alternativas de desarrollo en los ámbitos local y regional puede asumirse como un problema político que requiere la constitución de un sujeto social colectivo, portador de un proyecto que aglutine a los sectores migrantes y no migrantes, y que canalice la participación estatal en la promoción del desarrollo bajo un esquema de planeación participativa. No obstante, es pertinente acotar que mientras no se desarrollen políticas públicas a nivel macro que posibiliten la construcción de pistas de aterrizaje donde la inversión de las remesas pueda tener impactos multiplicadores significativos, el impacto de las aportaciones de los migrantes y sus organizaciones tenderá a ser limitado.

En síntesis, el campo de estudio en migración y desarrollo dista de haber establecido con firmeza sus cimientos y haber demarcado con claridad sus linderos. ¿Cómo hablar entonces de tal campo de estudios? En principio porque es posible afirmar —prescindiendo el rezago teórico— que, en la práctica, existe un nexo crítico entre migración internacional y desarrollo. En segundo lugar porque existe una intencionalidad política de los organismos promotores para profundizar regional y nacionalmente las directrices de la globalización neoliberal y simultáneamente perfilar otra arista de la nueva política social para atenuar cosméticamente sus efectos más perversos acicateando la participación de los migrantes en la solución de los problemas ocasionados por dicha globalidad. En tercer lugar porque existe una pléyade de estudios que quieren incrustarse en ese específico campo de estudios. El problema radica entonces en que no hay una adecuada delimitación del campo, la relación entre migración y desarrollo no ha sido suficientemente abordada en el ámbito teórico, toda vez que hay vacíos lo mismo en las teorías del desarrollo y de la migración. A lo anterior se aúna el hecho de que proliferan estudios parciales e inconexos, la mayoría de ellos de orden descriptivo y sin una adecuada contextualización en el marco de la globalización neoliberal.

### **Mitos sobre la relación entre migración, remesas y desarrollo**

Una urdimbre mitológica encubre la visión dominante sobre migración y desarrollo. La realidad se pone de cabeza para plantear que las migraciones internacionales producen desarrollo en los lugares, regiones y países expulsores de personas: los migrantes representan a los nuevos agentes, y las remesas, la palanca. En el análisis desaparecen las causas profundas de la migración forzada y la contribución de los migrantes a los procesos de acumulación en los países receptores. Una y otra vez se explora la posibilidad de impulsar el desarrollo mediante la canalización productiva de las remesas en los territorios de origen, depauperados y desolados, pero sin violentar la institucionalidad y política neoliberales. Esa visión emana de la ideología neoliberal que atribuye un supuesto poder económico a los pobres suficiente para superar sus condiciones de pobreza; de la nueva política social neoliberal que busca preservar la gobernabilidad y legitimación antes que su transformación, como también de una nueva expresión del pensamiento mágico que termina por hacer la apología de la migración como cultura de los pueblos. El propósito de este capítulo es desmitificar esa visión

ideológica, unidireccional y ahistórica de la migración y el desarrollo, al tiempo en que se analizan las principales contradicciones que esa relación genera.

En el entramado del sistema capitalista mundial, la dinámica migratoria internacional más significativa sigue el cauce de sur a norte del planeta, o más precisamente, de los países periféricos y subdesarrollados a los países centrales. El éxodo laboral que va en esa dirección y la concomitante cuantía de remesas que fluye hacia los países de origen han registrado un crecimiento inusitado durante la aplicación férrea de las políticas neoliberales, aunque la reciente eclosión de la depresión económica mundial detuvo su espiral ascendente. En los últimos 25 años, el número de migrantes ha superado el doble de su magnitud para alcanzar 190 millones en 2006, una marca histórica. Una porción creciente de ese flujo corresponde a trabajadores procedentes de países subdesarrollados que responde tanto a la destrucción del sistema de subsistencia y trabajo en su país como a la creciente demanda de fuerza de trabajo barata, flexible y desorganizada en los países desarrollados. En contrapartida, el volumen de remesas, cuya trayectoria va en sentido contrario, experimenta un ascenso aún mayor: de 48 mil millones de dólares en 1995 a 199 mil millones de dólares en 2006. Esto sin considerar los canales informales de envío de dinero, pues de ser así, las remesas podrían superar los flujos de inversión extranjera directa y más que duplicarían la llamada ayuda oficial para el desarrollo.

Esta expansión del fenómeno migratorio y sus secuelas encuentra una explicación en la estrategia de reestructuración y expansión del capitalismo mundial que se remonta a la década de los setenta del siglo pasado, se afianza con la imposición del neoliberalismo y que hoy afronta una crisis de gran magnitud. En este periodo, las migraciones internacionales son propulsadas por la profundización del desarrollo desigual, el incremento de las desigualdades sociales y el deterioro de las condiciones de vida y trabajo de la mayoría de la población de las regiones subdesarrolladas, periféricas o dependientes. En lugar de ahondar en explicaciones superficiales, como la que atribuye el origen de la migración a decisiones individuales y familiares, la cultura de la migración o el transnacionalismo, existen elementos estratégicos de la dinámica del capitalismo mundial más conspicuos, que han sido soslayados:

1. La demanda mundial de fuerza de trabajo barata, ya sea mediante la instalación de capital en países periféricos o mediante la importación de trabajadores en países centrales.

2. La sobreoferta de fuerza de trabajo barata en el mundo, granjeada con la aplicación de modalidades de acumulación por despojo y la generación de abundante sobrepoblación, además de que la culminación de la Guerra Fría, que en conjunto suman enormes contingentes de trabajadores de los países ex socialistas del bloque soviético y, principalmente, China, además de la consolidación de los reservorios laborales de América Latina y el Caribe, Asia y África.

No obstante, en nuestros días se ensalza una visión optimista que aduce que la migración se convierte en motor, palanca o instrumento del desarrollo para los países, regiones y localidades de alta migración. Tamaña proposición hace abstracción de las causas estructurales de la migración, de los efectos degradantes ocasionados por las políticas neoliberales y de la profundización del subdesarrollo. Tan sólo se apoya en la evidencia empírica del aumento de los flujos emigratorios y de la concomitante percepción de remesas, vistas quiméricamente como un formidable río de oro, al que hay que canalizar, bajo el esquema de “buenas prácticas”, hacia el desarrollo visualizado como una zona gris, puesto que no se define con precisión qué se entiende por desarrollo, a lo sumo se supone que emergerá como un resultado del uso productivo y social de las remesas, un producto que puede tener distintos rostros (local, humano, comunitario), pero también ninguno a la vez.

La mayoría de los analistas de las migraciones internacionales se preocupan de los problemas del desarrollo que están en la base de la explicación del incremento de las migraciones internacionales y de la recepción de remesas. Incluso se llega al extremo de, inmersos en un craso error metodológico, considerar a la migración como una variable independiente, un dato dado incuestionable. Esto es así debido a que en el transcurso de las últimas tres décadas, el análisis del capitalismo —un concepto proscrito por el pensamiento conservador— ha padecido del dominio de la ideología neoliberal y de sus prescripciones políticas sintetizadas en el llamado Consenso de Washington: liberalización, privatización y desregulación. Este discurso exaltador de la economía de mercado, la democracia liberal y el individualismo metodológico han prometido reiteradamente estrechar la brecha de las asimetrías socioeconómicas que divide a países y regiones del mundo y disminuir las ominosas inequidades que rasgan el tejido social, especialmente de las regiones periféricas. Esta visión se complementa con el gelatinoso concepto de globalización que ha sido difundido profusamente bajo el manto de la inevitabilidad en pauta normativa e ideológica por los



Estados del norte y los organismos internacionales, pero sin evidenciar los problemas y contradicciones que a su paso se van generando. Huelga decir que los gobiernos de los países subdesarrollados han adoptado, con algunas diferencias de matiz, esa visión dominante; no obstante que proliferan males, inconformidades y resistencias de distinto signo.

Es importante desmitificar la visión dominante sobre migración y desarrollo que, como si habitáramos el mundo al revés, supone que los migrantes, excluidos del sistema económico de sus países y reincorporados en países centrales bajo condiciones de precariedad laboral y exclusión social, se erigen como los nuevos héroes del desarrollo para suplir o complementar las tareas del Estado y el capital e invertir sus recursos, las remesas, una fracción de su ingreso salarial, para desarrollar a su país, región o localidad que los expulsara con antelación. Asimismo, en lugar de abonar con nuevas ideas a tamaña mixtificación, se enumeran algunas señales contradictorias de la expansión del desarrollo desigual y la migración forzada. Señales de alerta que nos vuelven a recordar la necesidad de promover cambios sustanciales en el modelo de desarrollo nacional y en la modalidad de inserción al mercado mundial, particularmente a la economía estadounidense, y más aún en la presente coyuntura de crisis sistémica que pone al desnudo el funcionamiento perverso del capitalismo salvaje.

Manteniendo a buen resguardo los principios de maximización de ganancias, libre comercio, democracia liberal y libertad individual, la ideología neoliberal atribuye a los pobres la disponibilidad de recursos propios —con los cuales logran amasar un llamado capital social— adecuados y suficientes para superar sus propias condiciones de pobreza. Desde esta perspectiva, la pobreza ha sido generada, en parte, por una precaria educación, falta de iniciativa, cultura anquilosada y hasta por la proverbial pereza. No por las dinámicas del capitalismo que promueven la concentración de capital, la coerción política del Estado, el desarrollo desigual entre centro y periferia, la expansión de las desigualdades sociales y políticas, como el neoliberalismo, que son una verdadera fábrica de pobres. La idea de que los excluidos del sistema pueden superar su pobreza constituye otra arista más de la nueva política social, vertebrada por políticas de “combate contra la pobreza”, cuyo cometido es focalizar recursos estatales exigüos en los sectores más depauperados, pero también involucrar a esos sectores sociales para que inviertan sus recursos en esas tareas paliativas, sin que en el fondo se mejoren las condiciones de vida de esa población. Por lo mismo, el Estado neoliberal orienta una menor cantidad de recursos públicos al gasto social —la mayoría está abocada a crear y recrear un “clima de negocios” favorable

al gran capital—, pero ahora de manera selectiva y focalizada para atender la extrema pobreza, procrear una base social del neoliberalismo, aglutinar una base electoral y legitimarlo, a la vez que se profundiza el desmantelamiento del Estado benefactor y desarrollista. Al amparo de esa idea reduccionista, se construyen nociones normativas de desarrollo, como desarrollo humano, desarrollo sustentable u objetivos de desarrollo del milenio.

Una extensión de esta ideología se encarna en la visión unidireccional de migración y desarrollo, donde los migrantes (los pobres), disponen de recursos propios (remesas, redes y capital sociales) para superar las condiciones que los hicieron emigrar y propiciar el desarrollo en el ámbito local, regional y nacional. Paradójicamente, son los sectores excluidos los señalados como nuevos héroes del desarrollo. Desde esta visión se encubren los agentes promotores y beneficiarios del neoliberalismo, al igual que los agentes perdedores y excluidos. Es decir, el capitalismo salvaje se encubre con un carnalesco rostro humano.

La perspectiva dominante sobre las migraciones internacionales, alentada por los organismos internacionales y gobiernos afines, prohíja una mitología que encierra verdades a medias y falacias que encubren verdaderas contradicciones y paradojas. La agenda de migración y desarrollo descansa en una mitología que obnubila una cauda de contradicciones inmanentes. Entre otros, podemos destacar los siguientes mitos que, vistos críticamente, cada uno entraña una paradoja sintomática:

*Primer mito: La migración constituye el rostro humano de la globalización donde todos ganan; migrantes y sus familias, países de origen y destino*

Como punto de partida, la globalización se emplea como un concepto que pretende describir la dinámica de los flujos de inversión, capital, tecnología, comercio, finanzas y personas. Esta globalización se plantea como un fenómeno inevitable, que tiene que asumirse como un desafío, por lo que los países subdesarrollados tienen que insertarse necesariamente en esa marejada, abrir sus mercados, aplicar políticas neoliberales y, llegado el caso, ser competitivos. En estas condiciones, desde el punto de vista del transnacionalismo, la migración se acrecienta porque las innovaciones en las tecnologías de la información y la comunicación abaratan y facilitan los flujos migratorios y los envíos de remesas (Guarnizo, 2003; Orozco, 2004). Los defensores de la globalización neoliberal crean la imagen de que con el ascenso de los flujos migratorios todos ganan: 1) los países de origen, porque perciben

remesas y evaden problemas como el desempleo estructural; 2) los países de destino, al captar abundante fuerza de trabajo calificada y no calificada barata y desorganizada, sin erogar recursos para sus costos de formación; 3) los migrantes, que encuentran empleo y una remuneración inasequibles en su lugar de origen, y 4) las familias de migrantes, que reciben ingresos necesarios para la subsistencia.

La idea de migración como rostro humano de la globalización parte de conceptualizar de manera gelatinosa e ideológica la actual fase del capitalismo mundial. Visto críticamente, la globalización neoliberal se refiere al proceso de expansión capitalista asociado a nuevas formas de explotación laboral, el incremento de las desigualdades sociales, la diferenciación entre centro y periferia, el incremento de la pobreza y la migración. La acumulación de capital mundial se estructuró en grandes bloques económicos regionales capitaneados por las grandes potencias y en su entorno generaron sistemas migratorios dinámicos que fungieron como abastos de fuerza de trabajo barata, poco calificada, calificada y altamente calificada. Más que un rostro humano, la migración es una expresión de crisis social en la periferia que incluye procesos de exclusión económica en el origen y de inclusión en el destino, pero una inclusión trunca puesto que se inscribe en pautas de elevada explotación laboral y exclusión social.

*Segundo mito: La integración regional de libre mercado y las políticas de ajuste estructural consustanciales desembocan en una convergencia económica y disminuyen la migración*

La configuración de bloques económicos regionales, basados en el “libre comercio”, crean la falsa imagen de una libre competencia donde los productores y capitales de países periféricos pueden beneficiarse al acceder a una masa inconmensurable de consumidores del mundo desarrollado. No obstante, se oculta el hecho de que en esos mares procelosos deambulan los grandes tiburones, los grandes capitales monopólicos y oligopólicos, que pronto se apropian de los sectores estratégicos y de recursos públicos y privados, naturales y humanos. En realidad, la integración neoliberal amplía las asimetrías y desigualdades sociales; actúa como motor propulsor de las migraciones de las periferias a los centros del sistema capitalista mundial.

La explicación neoclásica, la mayor influencia teórica y política en los estudios de migración y desarrollo, postula que el factor detonante de las migraciones radica en la evidencia del diferencial salarial existente entre países.

Pero además, argumenta que la migración constituye un acto originado por la adopción de una decisión racional del individuo o de la familia con el propósito, como hace todo individuo egoísta, de maximizar sus utilidades, en este caso se trata de maximizar su ingreso. Se trata también de una suerte de estrategia para afrontar los riesgos de la familia, que de este modo diversifica sus fuentes de ingreso y afronta contingencias derivadas de la posible caída de otras fuentes de ingreso, como puede ser el hecho de que las contingencias estacionales mermen los ingresos de la actividad agrícola. Además, el hecho de que las remesas captadas por la migración familiar canalizadas a la alimentación y educación se interpretan como una inversión en capital humano. Por extensión, el transnacionalismo agrega que la decisión de emigrar está mediada por redes y organizaciones sociales que canalizan los flujos migratorios en los diversos lugares de destino y sirven de conducto para la inserción productiva.

Como complemento a esta visión, la ideología neoliberal, apoyándose en la teoría del comercio internacional, postula el principio de la convergencia económica, según el cual los acuerdos de libre comercio pactados entre países con distinto grado de desarrollo conduce a escenarios de complementariedad, en virtud de que acontece un aprovechamiento conjunto de las ventajas comparativas que distingue a los “socios comerciales”, además de que permite la homologación de indicadores macroeconómicos y la nivelación de las dinámicas de crecimiento y desarrollo, por lo que en última instancia habrán de desaparecer las causales de la migración, como el diferencial salarial y los niveles diferenciados de desarrollo.

La configuración de bloques económicos regionales, como el TLCAN para el caso de México frente a Estados Unidos y Canadá, crean la falsa imagen de la libre competencia donde los productores y capitales nacionales pueden beneficiarse al acceder a una masa incommensurable de consumidores. No obstante, se oculta el hecho, por demás evidente, de que en esos mares procelosos deambulan los grandes tiburones, los grandes capitales monopólicos, que pronto se apropian de los mercados y de los abastos de recursos públicos y privados, naturales y humanos. En realidad, la integración neoliberal amplía las asimetrías y desigualdades sociales y actúa como motor propulsor de las migraciones internacionales. Es decir, los bloques económicos regionales encierran prácticas proteccionistas en beneficio del gran capital de los países centrales a la vez que abren espacios de valorización del capital en los países periféricos al permitir el desplazamiento de procesos productivos sedientos de fuerza de trabajo barata, la apropiación de recursos naturales y empresas estratégicas, además de consolidarse como

espacios inermes para la extracción de excedente económico. Desde este punto de vista, los bloques regionales organizan sistemas migratorios entre centro y periferia para satisfacer las necesidades de explotación del trabajo inmediato y, cada vez más, del trabajo general.

*Tercer mito: La migración es un fenómeno que no se puede contener, sólo se puede administrar o gobernar*

Los gobiernos de los países emisores enarbolan una explicación de las migraciones que los exime de cualquier responsabilidad política e institucional: en su desencadenamiento nada tiene que ver el modelo económico excluyente, la monopolización y extranjerización de sectores clave o el dismantelamiento del Estado social. La explicación se localiza en una reducción fenomenológica: se trata de una movilidad poblacional ancestral, que se remonta a la historia de los tiempos, una práctica consustancial a la humanidad, sin responsabilidades políticas e institucionales en el presente. No hay causas estructurales ni estratégicas, y las históricas se presentan como una expresión natural. No obstante, de manera subrepticia, estos gobiernos estimulan la migración para desentenderse de problemas como el desempleo estructural y los conflictos sociales, amén de que a la postre reporta dividendos, las remesas, que coadyuvan a mantener los frágiles equilibrios de la gobernabilidad neoliberal. Para los gobiernos, políticos y medios de comunicación de los países receptores, los migrantes representan seres indeseables que acarrearán problemas y conflictos; no se repara en que contribuyen a la economía receptora. En tal sentido, los migrantes son considerados, por una parte, como héroes del desarrollo, y, por la otra, como criminales o bárbaros.

Desde una cierta visión *sociologista*, se argumenta que la migración internacional constituye un fenómeno cultural de los pueblos que expresa una aspiración de emigrar entre los jóvenes, la cual se trasmite de generación en generación con el respaldo de las redes sociales (Kandel y Massey, 2001). Desde esta perspectiva que ha ganado gran profusión en el medio académico, los infantes y jóvenes de las comunidades interiorizan un deseo por reproducir la carrera migratoria de sus familiares, amigos y conocidos. La migración se convierte en una actividad normal, un rito de iniciación para ingresar a la adultez y el mecanismo ideal para la movilidad social y económica. Además los comportamientos, actitudes, valores y estilos de vida de los migrantes son percibidos como una meta personal, familiar y comunitaria. Optar por migrar es una elección consciente (Kandel y Massey, 2001).

Por otra parte, los gobiernos de los países altamente expulsores de gente se justifican diciendo que la migración es un fenómeno inevitable, tradicional e incluso natural (Herrera y Carrizales, *La Jornada*, 21 de septiembre de 2007), además de que rinde buenos frutos a su administración pública pues es una fuente de empleo para los migrantes, una fuente de ingresos para las familias y una fuente de divisas para el país, sin olvidar el hecho de que resuelven problemas estructurales, en tanto “válvula de escape”, como el desempleo estructural. Estos gobiernos omiten el hecho de que el modelo neoliberal se ha convertido en una fábrica de pobres y en un motor de la migración forzada por causas económicas, políticas y sociales.

*Cuarto mito: La migración es un proceso cultural, una tradición de los pueblos, que se reproduce a sí misma*

Esta feliz idea deposita en el individuo o la familia la decisión de emigrar, ya no por la imposibilidad de garantizar local o regionalmente la subsistencia, o por la aspiración de acceder a una vida mejor, imposible de alcanzar en esas demarcaciones, sino porque la migración recurrente, de tan contagiosa, se ha convertido en una cultura que se ha desprendido de sus causas primigenias y se ha consolidado como la causa primera y última de la movilización poblacional. Cualquier alusión a las relaciones de causalidades históricas, estructurales y coyunturales son vistas como deterministas y anacrónicas.

El interés del individuo, la aspiración de acceder a los canales de movilidad de la modernización capitalista y el señuelo de la vida próspera del primer mundo son algunos ingredientes de esta subjetividad migratoria.

*Quinto mito: La migración es una estrategia de las familias e individuos para maximizar sus ingresos*

En el plano de la subjetividad, la migración se concibe como una estrategia de individuos y familias para maximizar sus ingresos, para mejorar su condición de vida. Como si fuesen entidades empresariales, que toman informaciones racionales, las familias toman como referente inmediato la imagen del sueño capitalista de las economías centrales, que se presentan como la cristalización del desarrollo, como una tierra de oportunidades y una sociedad libertaria. Las remesas resultan ingresos privados o ganancias. Las causales estructurales resultan elementos secundarios. Las redes sociales son instancias subsidiarias de las familias y de las llamadas comunidades transnacionales, que orientan, informan y protegen los flujos migratorios.

*Sexto mito: Los migrantes son agentes del desarrollo y sus recursos, principalmente las remesas, la palanca*

Ante la descomposición socioeconómica que trae consigo la neoliberalización, el Estado y los organismos internacionales pretenden achacar a los migrantes la responsabilidad de generar procesos de desarrollo, principalmente en sus lugares de origen, sin proponer cambios sustanciales en las dinámicas estructurales y en el entramado político e institucional, y no obstante la evidencia de que la mayoría de los migrantes pertenecen al sector laboral expuesto a las peores condiciones de precarización y explotación laboral. Esta proposición paradójicamente alienta la idea de que los migrantes, que se cuentan entre los trabajadores sometidos a las condiciones más ingentes de explotación y precarización laborales, son responsables de resarcir los efectos socioeconómicos más adversos provocados por la política neoliberal.

Tres ideas dan cuerpo a esta visión controversial: 1) la migración es fuente del desarrollo. A pesar de que la oleada migratoria se ha incrementado con la aplicación de las políticas neoliberales de ajuste estructural, por lo que en realidad la migración es un efecto de la profundización del subdesarrollo o, desde otro punto de vista, una expresión de la falta de desarrollo; 2) los migrantes son los agentes del desarrollo. Los migrantes han sido nombrados los “nuevos héroes del desarrollo”. El Estado, mientras tanto, se desentiende de su responsabilidad como gestor del desarrollo. Bajo la concepción sociológica y posmoderna de la emergencia de nuevos sujetos sociales, reconocibles por sus rasgos de identidad, comunidad y capital social, se ha postulado que los migrantes y sus organizaciones configuran la nueva agencia del desarrollo. En última instancia, esta visión termina por achacar la responsabilidad de detonar el desarrollo de localidades, regiones y países de origen a los migrantes, que en principios son los excluidos económicos del sistema, y 3) las remesas son fuente del desarrollo. El caudal de remesas registrado en el mundo, configura un mercado atractivo para el lucro del capital financiero, lo cual prefigura una supuesta democracia financiera (Terry y Pedrody, 2006), al tiempo en que dota de servicios bancarios a los sectores excluidos. Los esquemas de ahorro y crédito con remesas se plantean como la palanca de procesos de desarrollo. Las remesas pueden fungir como instrumento o motor del desarrollo, pues suponen que el impacto multiplicador de las remesas les confiere una suerte de poder económico a los pobres.

*Séptimo mito: Las “buenas prácticas” representan la mejor estrategia de migración y desarrollo*

Las políticas públicas, descontextualizadas e inconexas, abaladas por los organismos internacionales, se postulan como herramientas suficientes para detonar procesos de desarrollo en zonas de alta migración, sin embargo, no están acompañadas de una estrategia de diversificación de recursos públicos, privados y sociales, ni de políticas alternativas de desarrollo que se propongan revertir las causas profundas de la migración forzada.

El proceso de neoliberalización ha significado una transformación de las dinámicas económicas, sociales y políticas centradas en el propósito de maximizar las ganancias y expandir el mercado a todos los rincones del planeta. La dimensión política del desarrollo, bajo esa concepción, está aparejada con un proceso de descentralización, el ataque sistemático a las condiciones de vida y trabajo de la mayoría de la población, el socavamiento de la función social del Estado se ha impulsado una nueva forma de hacer política que representa un involucramiento de la sociedad civil en el programa neoliberal.

El modelo es el de “buenas prácticas”, “buen gobierno”, “buena gobernabilidad” o “gobernanza”. Es decir, una nueva institucionalidad consustancial al neoliberalismo centrada en los intereses de los grandes monopolios y oligopolios transnacionales, la ideología del libre mercado y la democracia liberal como la única expresión posible de las relaciones sociales. Además, aflora una visión minimalista del desarrollo: combate a la pobreza mediante la activación de los recursos propios de los pobres. De este modo, se intenta alcanzar la legitimidad del neoliberalismo, pero sin generar cambios estructurales, institucionales y políticos orientados a mejorar sustancialmente las condiciones de vida y trabajo de la mayoría de la población.

La constelación de organismos internacionales (FMI, BM, OMC) que conforman la institucionalidad neoliberal, están sumamente interesados en publicitar las “buenas prácticas”, verdaderos botones de muestra o garbanzos de a libra, que están apalancados por estos organismos, pero que en la mayoría de los casos constituyen proyectos aislados, inconexos, que no configuran ninguna dinámica de desarrollo local, regional o nacional, porque no generan efectos de arrastre, sino que se trata de microproyectos de autoayuda.

En el caso de la migración internacional, se ha exaltado al Programa Tres por Uno como ese mágico botón de muestra que deberían de replicar



los gobiernos asentados en países con alta intensidad migratoria. Este Programa tiene el objetivo de canalizar recursos públicos de los tres niveles de gobierno junto con aportaciones de los migrantes para la realización de obra pública municipal, bajo la lógica de la focalización de recursos y la aportación comunitaria, en este caso de los migrantes. Este Programa no alcanza a movilizar grandes recursos, no representa ni el 1 por ciento de las remesas enviadas por los migrantes a sus familias, ni está vinculado a proyectos de desarrollo local o regional. Paradójicamente, la mayoría de las obras se hacen en pequeñas localidades que se están despoblando de manera irreversible.

Las políticas públicas, descontextualizadas e inconexas, abaladas por los organismos internacionales, se postulan como herramientas suficientes para detonar procesos de desarrollo en zonas de alta migración, sin embargo, no están acompañadas de una estrategia de diversificación de recursos públicos, privados y sociales ni de políticas alternativas de desarrollo que se propongan revertir las causas profundas de la migración forzada.

Cuadro 1  
MITOLOGÍA DE MIGRACIÓN Y DESARROLLO

<i>Mitología</i>	<i>Paradojas</i>
La migración es el rostro humano de la globalización donde todos ganan: migrantes y sus familias y países de origen y destino.	La migración representa costos socioeconómicos que no se compensan con la entrada de remesas y otros recursos.
La integración regional de libre mercado y las PAE consustanciales desembocan en una convergencia económica y disminuyen la migración.	La integración neoliberal amplía las asimetrías y desigualdades sociales y actúa como motor propulsor de las migraciones internacionales.
La migración es un fenómeno que no se puede contener, sólo se puede administrar o gobernar.	Los gobiernos de origen estimulan subrepticamente la migración y promueven la idea de que migrantes son héroes del desarrollo. Los gobiernos de destino estigmatizan a migrantes como criminales, y se benefician de su aporte.
La migración es un proceso cultural, una tradición de los pueblos, que se reproduce a sí mismo.	Las condiciones estructurales prevalentes precipitan la migración forzada y desmiembran familias y procesos de sociabilidad.

Cuadro 1 (*Continuación*)

<i>Mitología</i>	<i>Paradojas</i>
La migración es una estrategia de las familias e individuos para maximizar sus ingresos.	El neoliberalismo genera insustentabilidad para la mayoría de las familias, disminuye la responsabilidad social del capital y el Estado, y responsabiliza a los excluidos de su propio desarrollo.
Los migrantes son agentes del desarrollo en sus lugares y países de origen y sus recursos actúan como palanca o motores.	Los migrantes en tanto trabajadores expuestos a formas extremas de precarización y explotación laboral son responsabilizados de promover el desarrollo de sus lugares de origen.
Las “buenas prácticas” son la mejor estrategia de migración y desarrollo.	Las políticas públicas descontextualizadas e inconexas responsabilizan a los migrantes en el desarrollo.

Fuente: Elaboración propia.

## Conclusiones

La visión mítica e ideologizada sobre las migraciones internacionales concibe ahora al desarrollo como un producto de la migración en los lugares de origen, no en los de destino, donde en realidad se realizan las contribuciones más significativas. La idea de que las remesas son un instrumento o palanca del desarrollo, y los migrantes y en general la diáspora, los agentes o héroes del desarrollo se nutre de una noción reduccionista del desarrollo como “combate a la pobreza”, tal como lo postula el neoliberalismo, sin procurar cambios estructurales, políticos e institucionales que desencadenen mejores condiciones materiales y subjetivas de vida, como de trabajo para la mayoría de la población. Es una visión ideologizada que en el fondo pretende responsabilizar a los migrantes del desarrollo de sus lugares de origen, a imagen y semejanza de la nueva política social que supone que los pobres disponen de recursos propios (un llamado capital social, además de remesas) adecuados para superar sus condiciones de pobreza. Además de atenuar la pobreza se pretende consecuentar la gobernabilidad local pero sin desarrollo.

Esta concepción de desarrollo encubre una espiral de degradación social que explica la existencia de una migración forzada ocasionada por el desempleo estructural, la inseguridad, la violencia y la insustentabilidad social. En lugar de desarrollo, se encadenan procesos de expulsión de fuerza de trabajo,

despoblamiento y dependencia de remesas. Sobrepujeta a esta noción minimalista, el neoliberalismo promueve el crecimiento económico basado en el libre comercio, la privatización y la maximización de ganancias.

Una visión crítica sobre las causas profundas de la migración deriva del concepto de desarrollo desigual, entendido como el proceso de diferenciación entre países desarrollados y subdesarrollados, y la expansión de las desigualdades sociales que producen la generación de sobrepoblación que no encuentra empleo formal de calidad y que en respuesta a la demanda de trabajo barato en países centrales se ve compelido a emigrar para buscar el sustento, suyo y el de su familia, así como el de otros dependientes económicos.

Desde esta perspectiva, la profundización del subdesarrollo produce migración forzada que significa una pérdida de fuerza de trabajo y transferencia de recursos asociados. Ante el desmantelamiento de su sistema productivo y de subsistencia, los países periféricos se abocan a exportar gente como si fuese una “válvula de escape” ante el desempleo estructural y sus conflictos asociados, y como una fuente de divisas que ha sido considerada fuente del desarrollo ante la ausencia de un proyecto nacional alternativo de desarrollo, toda vez que se da continuidad al neoliberalismo, sin importar sus costos sociales y económicos.

Desde esta perspectiva, la verdadera contribución al desarrollo, entendido como acumulación de capital, acontece en los países desarrollados importadores de amplios contingentes de trabajadores depauperados, en tanto que en los países de origen, la mayor cuantía de recursos que reciben los familiares de los migrantes se canalizan a la subsistencia.

El enfoque teórico que hemos delineado en este trabajo identifica cuatro aspectos cruciales para analizar críticamente el nexo entre desarrollo y migración:

1. *Una visión crítica de la globalización neoliberal.* En contraposición al postulado ideológico de la inevitabilidad de la globalización y el neoliberalismo, se plantea la insustentabilidad e ilegitimidad de la fase actual del capitalismo contemporáneo. Esta situación demanda cambios sustanciales en el actual orden mundial.
2. *La reconstrucción crítica del campo de estudios del desarrollo.* El predominio del pensamiento único, que descansa en la idea de que el libre mercado es el mecanismo que asigna eficientemente los recursos y genera esquemas de convergencia económica entre los países y sus pueblos, ha dado muestras evidentes de su fracaso. Ante la necesidad de postular alterna-

- tivas teóricas y prácticas, proponemos repensar el desarrollo como proceso de transformación social que implica cuestionar los postulados de la globalización neoliberal, y asumir una visión multidimensional, multiespacial y debidamente contextualizada. Esta comprensión integral del fenómeno, significa recuperar la perspectiva de los países subdesarrollados tomando en cuenta las dimensiones estratégicas y estructurales del fenómeno desglosadas en los ámbitos global, regional, nacional y local.
3. *Configuración del agente del cambio.* El proyecto globalizador comandado por Estados Unidos, cuyos beneficiarios se reducen a una pequeña elite capitalista, ha perdido el consenso ante la desbordante masa de excluidos y damnificados en todo el planeta. Esto ha detonado la necesidad de un cambio drástico en el entramado económico, político, social, cultural y ambiental. No obstante, una agenda de transformación social de tamaño envergadura no puede tener factibilidad si no se conjugan movimientos, clases y agentes diversos que converjan en sus objetivos y luchas. La configuración de un agente transformador requiere no sólo de un proyecto alternativo de desarrollo teórica y empíricamente fundamentado, sino también de abrir el diálogo, compartir experiencias, conciliar intereses y visiones al tiempo de construir alianzas en el marco de las relaciones sur-sur y sur-norte.
  4. *Redimensionamiento del campo de estudios en migración y desarrollo.* En la actualidad, la explosión de la migración forzada se inscribe en un engranaje amplio y complejo: la globalización neoliberal. Para entender este proceso resulta imprescindible redefinir los linderos del campo de estudios de migración y desarrollo, ampliándolos e invirtiendo los términos de la relación para situar la compleja problemática del desarrollo y subdesarrollo en el centro del análisis. Esta perspectiva implica, a su vez, una forma diferente de explicar y entender la migración internacional, donde los migrantes y sus organizaciones no deben ser considerados como responsables en la activación de procesos de desarrollo en sus países, regiones y localidades de origen. Pero tampoco se trata de hacer una valoración negativa de los migrantes; por el contrario, es importante poner de relieve la contribución directa que hacen al desarrollo de los países receptores y los aportes a sus lugares de origen. Y más aún, resulta imposterrible identificar caminos viables hacia nuevos estadios de desarrollo donde la migración adquiera un estatuto voluntario en vez de forzado. La reconstrucción crítica de este campo demanda nuevos enfoques teóricos y metodológicos, que se traducirán en nuevas agendas de investi-

gación, conceptos, categorías analíticas y sistemas de información. Esto último constituye un incentivo para debatir de manera constructiva y para crear formas de trabajo colectivo en el ámbito de la investigación a través de la conformación de equipos interdisciplinarios, interinstitucionales e internacionales.